

Combatió enérgicamente las teorías del Sr. Cambó.

«La Historia —dijo— enseña que, así como una ley eterna manda que el hombre no separe a los que Dios unió, sólo con sangre se separan los que están unidos por la sangre. (*Muy bien, muy bien.*) Y eso no es una cuestión política; eso, o no es nada, o es un crimen, porque es la preparación de una guerra civil. (*Aprobación en diversos lados de la Cámara.*)

El nacionalismo, con las aplicaciones concretas que vosotros le dáis, significa la ruptura inevitable y absoluta de la unidad nacional. (*Aprobación en diversos lados de la Cámara*), el desgajamiento y la emancipación definitiva y total de Cataluña, o significa el fracaso del nacionalismo; para naufragar, más vale no os embarquéis.» (*Muy bien.*)

Trató extensamente de la reforma del régimen local y provincial, tan necesaria en España, añadiendo que en lo propio de la vida local, de la organización local, de la constitución de autoridad y régimen local, quería la misma separación e independencia que los regionalistas.

Todo lo que dijo el Sr. Maura respecto al idioma era tan hermoso, que es imposible extractarlo. Terminó diciendo:

«Tengo una gran desconfianza, cuando oigo hablar del mañana, y creo que la tiene todo el mundo, y sois un Gobierno que se formó ayer; y no es que las personas que se sientan en el banco azul sean menos calificadas que otras cualesquiera que pudiera encontrarse: seamos justos; no se trata de las personas; poned otras, si las hubiere, más ilustres; sería igual, porque el mal está en el sistema, en el régimen (*Rumores*), en los antecedentes, en la dinámica, y eso no se puede corregir sin ir a las causas mismas del mal, y una de dos: o el remedio se ha de hacer contra la voluntad de los que están poseyendo el Poder; y soportando las cargas de la responsabilidad, o todos están interesados en colaborar a un llamamiento patriótico.

»Así lo digo, porque así lo pienso: confieso que a mi

amor propio le interesa mucho ser escuchado, pero a mi egoísmo no le importa nada. Yo os he hablado como habría hablado si supiese que la hora de hoy era la última hora de mi vida.» (*Aplausos en la minoría maurista.*)

Discurso de Gimeno.—El Sr. Ministro de Estado contestó al Sr. Maura, diciéndole:

«Quisiera tener el talento de S. S., para emplearme, no en ser un Jeremías perpetuo, sino un ángel anunciador de nuevas venturas. (*Muy bien.*)

»Eso que algunos creen que le aproxima al Poder, a juicio nuestro le aleja de él. (*El Sr. Maura: No crea S. S. que me disgusta.*) ¿Es que no lo desea S. S.? ¿Es que para bien del país, no cree S. S. que pudiera ser útil? (*El señor Maura: El día que sea útil no faltaré.*)

»Lo veo muy lejano, mientras se inspire en estas notas de pesimismo cruel y verdaderamente censurable. (*El Sr. Maura: Yo no veo negra a España, sino a los Gobiernos y a los políticos.*) Su señoría es evidentemente pesimista.

»No se puede ser hombre de gobierno, aun teniendo condiciones admirables para ello, sino bañando el alma en un hermoso optimismo. (*El Sr. Maura: Yo, para España, soy muy optimista, y para la gente política, pesimista.*) Hace muchos años que S. S. no se levanta más que para repetir lo mismo que le hemos oído decir hoy. (*El Sr. Maura: Hago el retrato del mismo sujeto.*) Pero es un retrato que S. S. hace a su gusto.»

Terminó manifestando que en momento oportuno diría cuál era el pensamiento del Gobierno, en cuanto a la vida económica, política y militar de Marruecos se refiere. (*Aplausos de la mayoría.*)

Se suspendió el debate y se levantó la sesión.

Sobre el viaje del submarino «U-35».—La opinión de Francia.—La opinión había cambiado en Francia e Inglaterra, como ya anunciamos, respecto del viaje a Cartagena del submarino alemán.

Véase el siguiente telegrama de París:

«El *Figaro*, subrayando el número excesivamente grande de buques franceses, ingleses o italianos torpedeados estos días cerca de las costas españolas, dice que da lugar a creer que estos torpedeamientos son realizados por el mismo submarino alemán que ha estacionado veinticuatro horas en el puerto de Cartagena.

»Esto sólo bastaría para demostrar que es totalmente imposible a los aliados permitir que los submarinos alemanes vayan a aprovisionarse impunemente y en pleno día en los puertos neutrales.

»Las reglas del Derecho internacional, invocadas por los alemanes para justificar esas visitas, no pueden aplicarse a aquellos que desde el principio de la guerra las han siempre violado sistemáticamente.

»Ese artículo del *Figaro* refleja exactamente el estado de la opinión de Francia sobre ese importante asunto.»



MES DE JULIO

DIA 1.º—El Mensaje en el Congreso.—Discurso de Melquiades Alvarez.—Interesantísimo fué el debate en la sesión de esta fecha. Intervino el Sr. Alvarez, pronunciando un discurso elocuentísimo, que duró cerca de tres horas.

Habló de dos tendencias que se observaban en la Cámara: la de los pesimistas, como el Sr. Maura, y la de los optimistas, como él, que por lo general han venido a la política después del desastre colonial.

Juzgó los momentos muy críticos, y dijo que la culpa del divorcio entre el pueblo y las Cortes está en la incontinencia oratoria.

Habló del discurso del Sr. Maura, diciendo que el peligro de la revolución no es el que se cree, pues los revolucionarios han perdido su prestigio. Ahora bien, que la revolución española contra sus malos Gobiernos, el día que surgiera, sería terrible.

Rizo un elogio extraordinario de la figura de S. M. el Rey.

Dijo que no apoyaría al partido liberal en tanto se demostrara ambición del Poder.

Pasó a ocuparse de la cuestión de Cataluña, y dijo que plantear en aquel momento una cuestión constitucional era un intento reprobable.

«Gran parte de la opinión española—dijo a los catalanistas—os escucha con manifiesta hostilidad.

»Según vosotros, España es un territorio compuesto de varias nacionalidades. Eso es un absurdo.

»Tenía razón el Sr. Maura cuando decía que sólo con

sangre podían resolverse, con sangre. Yo afirmo que los señores de la *Lliga* están enfrente de toda España y hasta de Cataluña.

»Desde el siglo XIV hasta hoy han pasado seis siglos. La vida nacional se ha transformado, y querer destruirla hoy con nuevas nacionalidades es una política de decadencia.

»No seréis separatistas en la intención; pero si lograis crear esa soberanía con que soñáis, los desdenes del Poder público podrían ser la base de las ambiciones de separación de Cataluña.

»Perderéis estérilmente el tiempo. Sobre el nacionalismo catalán no podemos discutir, y no os concederemos nada.

»La cooficialidad del idioma catalán es una pretensión absurda.

»Recordaba el Sr. Cambó que no ha habido caso de no conceder la oficialidad del idioma a un pueblo como Cataluña, que ha tenido lengua oficial, y que ha servido para un Congreso de Confederación de Estados, y que es un idioma que habla la quinta parte de los españoles.

»Pues yo diré a eso que el catalán fué un idioma del Conde de Barcelona; pero no de la Federación de Aragón y Cataluña.

»La Mancomunidad Catalana ha tenido la puerilidad de dirigirse en catalán a S. M. el Rey.

»La cooficialidad sería la muerte del castellano en Cataluña. Quedaría reducido a un medio de relación con el resto de los españoles. Pedir la oficialidad del catalán, lo será tanto como pedir la oficialidad del gallego, del vascuence, etc.

»El partido reformista, frente a las reivindicaciones catalanas, llegaría en materia autonómica administrativa, a los mayores avances.»

También estuvo de acuerdo con el Sr. Maura en que la integridad del Poder soberano está en las Cortes con el Rey.

«Sólo sobre la base de las autonomías municipales se puede crear un órgano capaz—añadió.—Y para las auto-

nomías municipales se requiere la libertad completa del ciudadano.

»Hay personalidades regionales muertas, como mi región asturiana, y en esto disiento del Sr. Mella. Mis ideas y mis partidos son nacionales.

»Vaticino al Sr. Mella un gran fracaso.

El Sr. Vázquez Mella: «Ya lo veremos.»

»El Sr. Maura—dijo—empujó al país a Marruecos y luego se ha declarado fracasado, y cuando se ha llegado a ese fracaso, hay que reconocer una impotencia.»

Pasó el Sr. Alvarez a ocuparse de la cuestión internacional.

Citó los casos de los Estados Unidos, que habían puesto la vista en Inglaterra; Grecia, al principio de la guerra, en Servia; Francia, cuando la guerra rusojaponesa, en Rusia; España, dentro de su neutralidad, había aceptado una política en sentido de Francia e Inglaterra, con complacencia de todas las minorías, incluso del Sr. Maura.

«La política internacional—agregó—no se debe supeditar al triunfo en Europa. Significaría una fórmula de absoluto egoísmo. (*Rumores.*)

»El tiempo dirá quién tiene razón. Yo defendiendo mi actitud. Teniendo como vecinos a Francia y Portugal, que es como si fuera Inglaterra; dependiendo nuestro comercio exterior de los aliados...»

El Sr. Vázquez Mella: «Ya veremos después de la guerra.»

«Si ocurriera algo...» (*Grandes protestas en la mayoría.*)

El Presidente del Consejo: «Es preciso que eso no ocurra.» (*Muy bien.*)

El Sr. Alvarez: «Si hubiera pronunciado palabra que hiriera la susceptibilidad de alguna nación, la retiraría en seguida.

»Repito que si surge...» (*Grandes protestas de la Cámara.*)

El Sr. Alvarez: «Yo puedo hacer afirmaciones bajo mi exclusiva responsabilidad.

»En Francia se celebran actualmente conferencias de carácter económico, y yo digo que si España no toma

precauciones para intervenir en el momento de la paz, esto será la muerte moral del país.»

El Sr. Cambó rectificó y dijo:

«Yo quiero evitar rupturas y luchas, motivadas por conceptos y palabras.

»En el debate se han producido coincidencias que yo no esperaba siquiera; pero no discutamos ya si es Cataluña nación o región. Todos los que han hablado aquí han reconocido que Cataluña tiene una personalidad colectiva más pronunciada, decía el Sr. Mella, que la de Portugal.

»Someted nuestras aspiraciones a un plebiscito en Cataluña.»

»El Sr. Royo Villanova: «Noventa y dos mil electores se han quedado en casa.»

«Reconozco que el debate se ha sostenido en un ambiente de serenidad.

»El idioma, lo reconozco, Sr. Maura, es la primera de las aspiraciones de los ideales políticos. En cambio, rechazo la afirmación de la Academia, de que en Cataluña se proscribió la enseñanza del castellano.»

Siguió defendiendo con nuevos argumentos la declaración de la oficialidad del idioma catalán.

Discurso de Burell.—El Sr. Ministro de Instrucción pública recordó que cuando fué derrotado el Sr. Cambó por el Sr. Lerroux, y quedó como un caudillo sin caballo (*Risas*), la minoría regionalista, capitaneada por el señor Ventosa, no habló de catalanismo apenas. El Sr. Canalejas no lo recogió en el Mensaje. Y en las Cortes lo liquidó con una sola frase: «*Fantasmagorias*».

«Pero a los seis meses resucitó el fantasma, porque vino el Sr. Cambó, el Rienzi de Barcelona; aunque no vino Diputado por Barcelona, sino cedida el acta del señor Ferrer y Vidal, como Diputado rural.»

Hizo constar que todos los partidos políticos habían manifestado su opinión contraria a la concesión de nada

que signifique soberanía a Cataluña ni a otra región española.

«¿Qué derechos—preguntó—tenemos nosotros que los catalanes no tengan?»

»Sus desdichas y contrariedades son las de todos los españoles. (*Muy bien.*)

»De modo que nadie se explicará la razón de vuestra soberanía. Quejaos de la doctrina, no de interpretaciones.»

Recordó cuanto dijeron los Sres. Moret y Canalejas respecto al problema catalán, y también leyó párrafos de los discursos del Sr. Cambó, para demostrarle que en otros tiempos pedía cosa muy distinta que ahora.

Discurso de Dato.—El Sr. Dato empezó diciendo que el Sr. Vizconde de Eza y el Sr. Marqués de Lema expusieron el juicio del partido conservador en las cuestiones tratadas por ellos.

Explicó por qué iban a votar el Mensaje: porque el Gobierno, dados los momentos, debía obrar como un verdadero Gobierno nacional, y nosotros debemos ser ante todo patriotas.

Se dolió de la injusticia con que le trató el día anterior el Sr. Maura, estando seguro de no merecer sus cargos.

Recordó que éste abandonó por su libérrima voluntad la dirección del partido, que tuvo él que aceptar.

«Cuando tomé el Poder—dijo—, la situación era puramente interina, y así se lo manifesté al Sr. Maura.

»Yo me he preguntado muchas veces por qué el señor Maura, que siempre nos consideró como la crema de la sociedad española, ahora nos arroja tremendos cargos, y nos dice: «Todos sois unos». (*Aplausos en los conservadores.*)

»El Sr. Cánovas siempre habló de una generosa inteligencia entre los dos partidos de Gobierno. Si esto era indispensable ya en 1891, ¿en qué ocasión, como la presente, es precisa esa unión, no entre los dos partidos, sino de todos los elementos políticos? (*Muy bien. Aplausos.*)

»Aquí podría terminar si el Sr. Cambó no nos hubiera aludido.

»No es cuestión de Parlamento determinar lo que es nación, región y Estado. Es cuestión para debatida en Ateneos.

»La actitud de este partido es conocida en Cataluña.

»El Sr. Sánchez de Toca y el Sr. Silvela abogaron por la descentralización y por robustecer fuerzas locales que tengan vigor en la vida nacional. Pero el Sr. Cambó quiere llevar a la práctica propósitos insensatos, que no pueden tener realidad en la vida nacional.

»Las bases de Manresa fueron combatidas por los señores Romero Robledo, Canalejas, y singularmente por el Sr. Maura.

»Después de aquel debate, el Sr. Maura redactó el proyecto de Administración local.»

Declaró que este proyecto era uno de los puntos del programa del partido liberal conservador.

Duro ataque de Maura a Dato.—La nota más saliente de la sesión, con ser toda ella muy importante, fué la réplica que el Sr. Maura dió al Sr. Dato.

Después de decir que no es pesimista y hablar de política general, dijo:

«Me ha causado sorpresa lo que dijo S. S. respecto de la jefatura del partido conservador, que no entronca en nada de lo que yo dije.

»Declaro que no siento remordimiento por lo que hice.

»Decía S. S. que yo abandoné la jefatura por mi libérrima voluntad.

»Muerto el Sr. Gamazo, que era mi amigo, mi padre y mi todo, me uní, a requerimientos del Sr. Silvela, con él, precisamente para hacer la política que yo preconizaba aquí ayer.

»Silvela opinó un día que el partido conservador no estaba útil para gobernar como él quería. Yo le animé; le dije: «Hagamos la prueba», y fuimos al Gobierno.

»La concordia del partido se mantuvo firme hasta 1913, y yo le dirigía, para servir la única política que sirvo y serviré.

»De esa política di clara noción en la nota que, sustituyendo a una consulta oral que S. M. no consideró necesaria, envié a la Corona en 1912. De ella, y de la inoportunidad con que yo juzgaba la llegada al Poder, y el modo, sabían ya muy de antemano el partido, los ex Ministros, todos.

»Yo quería inaugurar la nueva etapa con aquel antecedente a que me obligaba lo de 1909.

»Llegué a la Cámara regia, donde yo creía llevar el criterio del partido, porque ese criterio lo llevan los jefes, o no son jefes, y me encontré con que S. S., meses antes y a espaldas mías, había tramado mi destitución. (*Grandes rumores y protestas de los conservadores.*)

»Entonces me alejé, y esto sí que fué por voluntad libérrima. Sí; decidí ausentarme, callar..., esperar que viniera este día, para decir lo que acabo de decir.» (*Sensación, protestas de los conservadores.*)

El Sr. Dato rectificó enérgicamente, negando las aseveraciones del Sr. Maura.

Afirmó la leal cooperación con que hasta el último instante, en aquel movimiento político, asistió al que entonces era su jefe, el Sr. Maura, insistiendo para que recibiera el Poder y formase Gabinete. La obstinada negativa del Sr. Maura, su ausencia de Madrid, pusieron al partido conservador, en cuya tradición es esencial el ser adicto servidor de la Monarquía, en el trance de no dejar a ésta en la grave situación de no tener quien recibiese el Poder. Fué, por tanto, imperioso el formar un Gobierno de su seno, que el Sr. Dato lamentaba no hubiese estado regido por el Sr. Maura.

El Sr. Maura: «Siendo yo el jefe y el responsable, era yo el encargado del modo de aceptar el Poder, y repito que en la Cámara regia escuché que ya se sabía que mi eliminación no perturbaría el partido, y que éste hallábase dispuesto a hacer todo lo contrario de lo que yo opinaba.

»En debates de las pasadas Cortes ya referí substancialmente el hecho.

»En la Cámara regia, además, estaba prevista mi ne-

gativa. De modo que a mí no me restaba sino quitarme de en medio, tomar la puerta... y la de Madrid. Y eso hice. (*Grandes rumores.*)

»No he de discutir quién acertó: si yo o los que procedieron de otro modo.

»Lo único que me interesa decir es que si S. M. me hubiera dicho que se reservaba oír a otros hombres de mi partido, yo no me hubiera ausentado: me hubiera ido francamente a mi casa. (*Rumores.*) Pero se me dijo categóricamente que el caso ya estaba examinado. (*Más rumores.*)

»Por eso deduje y he dicho que *se había tramado mi destitución o mi reemplazo.*

»Y como S. S. nada me tenía dicho (ni nadie), por eso he añadido que *a mis espaldas.*

»No fué, pues, por mi voluntad. Si S. S. no hubiese dicho hoy o en lo venidero eso de que me aparté «por libérrima voluntad», antes hubiéramos muerto los dos que yo hubiera dicho lo que he dicho.»

Este debate produjo enorme sensación.
Rectificaron los Sres. Lerroux y Alvarez.

Discurso de Romanones.—El Sr. Presidente del Consejo de Ministros hizo el resumen del debate, contestando a todos los oradores, aunque brevemente, por la fatiga de la Cámara, y la del orador.

Afirmó que el Gobierno había mantenido y mantendrá la neutralidad, entendiendo que ésta no admite modalidades, y sí sólo un adjetivo: «leal»; que no se había recibido reclamación alguna de las Naciones beligerantes, antes por el contrario, sólo pruebas de respeto y consideración, y que sería una insensatez cruzarse de brazos, porque del «mañana» no puede responder nadie. (*Muy bien.*)

«Nosotros estamos hoy exactamente donde estábamos el día 2 de Agosto de 1914.»

Habló de los conflictos resueltos por el Gobierno, y lamentó que se hable tanto de pesimismo, pues España es